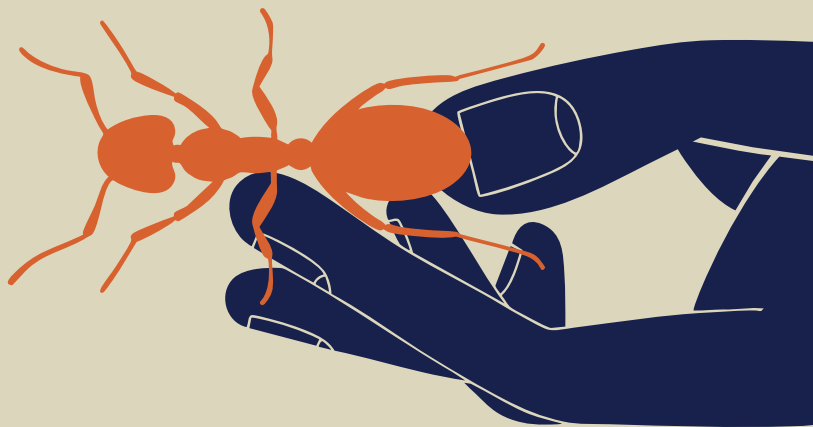


Honduras Las venas abiertas

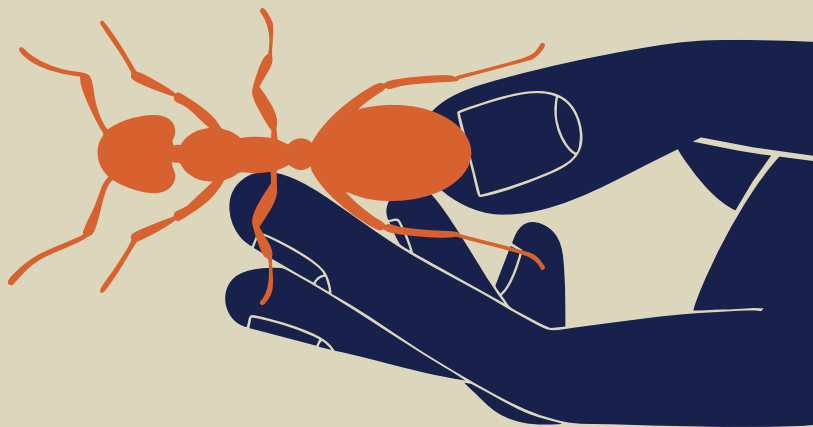
Mimí Díaz Lozano • Jessica Isla • Roberto Castillo
María Eugenia Ramos • Arturo Martínez Galindo



Honduras: las venas abiertas

Honduras Las venas abiertas

Mimí Díaz Lozano • Jessica Isla • Roberto Castillo
María Eugenia Ramos • Arturo Martínez Galindo



UNAH
UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE HONDURAS

PRESENTACIÓN

La antología *Honduras: las venas abiertas* surge como resultado de la primera convocatoria temática del Club de Lectura Palabra Iluminada, iniciativa impulsada por docentes y estudiantes de la Carrera y el Departamento de Letras de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras. Desde su creación en 2026, el Club se ha propuesto a brindar un espacio abierto, seguro y participativo enfocado en conducir el diálogo alrededor de distintos géneros, autores y movimientos pertenecientes a la literatura hondureña.

Este proyecto universitario nace con el fin de motivar la circulación de la producción literaria nacional y acercar a las nuevas generaciones de lectores a obras que, pese a su valor estético y cultural, han permanecido poco difundidas. Es a través de la recopilación de obras mediante antologías que se busca rescatar textos fundamentales y convertirlos en un puente entre la tradición literaria hondureña y la población lectora contemporánea. Dicho trabajo se vincula directamente con los procesos evolutivos de nuestra sociedad y su producción literaria.

El título de la obra, *Honduras: las venas abiertas*, alude a las heridas históricas y sociales que no han cicatrizado en Honduras,

y, de igual forma, constituye un homenaje a Eduardo Galeano y a su obra *Las venas abiertas de América Latina*, texto emblemático que reflexiona sobre la explotación y las desigualdades en América Latina.

Bajo este nombre, la antología reúne una muestra de distintas complejidades humanas, mostrando así formas de exclusión, violencia social, problemáticas políticas y culturales abordadas a través de distintas perspectivas y estilos presentes en la narrativa hondureña. Los textos seleccionados señalan que la literatura no puede separarse de la realidad histórica y social de la que emerge.

La discriminación, la exclusión social, la violencia estructural, la opresión, las relaciones de poder, la marginalidad, la pobreza, la pérdida de identidad, la falsa idea del progreso y el desarrollo, la resistencia y la dignidad humana frente a la injusticia son algunos de los tópicos expuestos en los cuentos reunidos en esta colección. Pese a la distancia temporal con algunos de los autores, sus escritos siguen vigentes por su asiduo interés en retratar problemas que han afectado a la sociedad hondureña a lo largo de los años.

Mediante las palabras de Mimí Díaz Lozano, Jessica Isla, Roberto Castillo, María Eugenia Ramos y Arturo Martínez Galindo se construye una visión crítica de la realidad hondureña, y, aunque estos pertenezcan a distintas épocas, los cuentos reunidos en esta antología dialogan sobre Honduras, confrontándonos a distintas problemáticas tan vigentes y relevantes en la actualidad. Las voces de estos escritores son alaridos colectivos que nos alertan, recriminan y juzgan, en tanto que los problemas existen y requieren de la impartición de la justicia, la equidad de género, el respeto a la vida, las oportunidades de empleo, entre otros.

Se extiende un profundo agradecimiento al equipo de la Editorial Universitaria, a las autoridades académicas, a los autores de los cuentos y a sus representantes legales para la cesión de derechos de esta edición.

Invitamos al lector a reflexionar de manera crítica sobre las heridas sociales que atraviesan a Honduras, y a apreciar este esfuerzo compilatorio que procura desde la academia ejercitar la memoria y la conciencia social a través del placer de la lectura.

EVA CASTILLO
WENDY CÁLIX

LAS VENAS ABIERTAS DE LA NARRATIVA HONDUREÑA

Hemos decidido titular esta antología *Honduras: las venas abiertas*, una elección que no solo rinde un necesario homenaje a Eduardo Galeano y a la dolorosa realidad que atraviesa América Latina, sino que sirve de brújula para navegar por los textos aquí reunidos. En los cinco cuentos que componen esta selección, la miseria, la corrupción, el silenciamiento y la subyugación emergen como constantes temáticas que, a través de distintas épocas y estéticas, sirven para narrar la compleja realidad de Honduras.

Para adentrarnos en estas lecturas, partimos de la premisa de Antonio Cornejo Polar: «No parece posible comprender la literatura al margen del proceso social del que emerge y sobre el cual revierte». Entendemos así que toda manifestación literaria, más allá de sus formas estéticas, conlleva una profunda implicación política. Lejos de cualquier halo de inocencia, estos cuentos se vinculan a reclamaciones auténticas frente a una injusticia y opresión que, por su saturación en nuestra vida cotidiana, corremos el riesgo de automatizar.

El recorrido inicia con «Fracaso», de Mimí Díaz Lozano, donde presenciamos la lucha de quienes enfrentan la discriminación por discapacidad. Acompañamos a un protagonista que, pese

a decidir sortear cada obstáculo, choca contra un sistema incapaz de generar condiciones de inclusión. Es este mismo sistema el que termina marginándolo mediante un escarnio que no solo se burla de su condición, sino que logra incapacitar su espíritu.

La violencia estructural da paso a la violencia de género en «Correr desnuda», de Jessica Isla. Aquí se narra el hartazgo ante el acoso y la opresión masculina, pero también la libertad que surge al romper con las ataduras patriarcales. Heredera de un linaje de mujeres que decidieron despojarse de esos nudos, la protagonista, cabeza de una familia monoparental, ve afectado su rendimiento laboral por la sobrecarga de cuidados que recae exclusivamente sobre ella. Ante un jefe que abusa de su autoridad para proponerle intercambios sexuales a cambio de *mejorar su situación*, ella alza la voz. Reacciona con dignidad en un acto definitivo de libertad y abandono del sitio, evidenciando cómo el poder masculino intenta capitalizar la normalización de estas cargas.

Por su parte, Roberto Castillo en «Anita, la cazadora de insectos» explora los estragos de la rigidez social y las contradicciones entre esencia y apariencia, civilización y barbarie. Anita, la niña blanca, rubia y de ojos azules, parece cumplir con todos los requisitos de la belleza hegemónica y el estatus que sus padres anhelan, pero no pueden costear. Sin embargo, su naturaleza disidente se manifiesta en una secreta afición por los insectos que la familia intenta ocultar para salvar las apariencias. Al final, las imposiciones no logran silenciarla; Anita es expulsada del seno familiar por no encajar en los esquemas normativos, precipitando la ruina inminente de un mundo de apariencias insostenibles.

Por otro lado, asistimos a la desolación y a la ruina, a una especie de alarido soterrado en la narrativa de María Eugenia Ramos con «La cinta roja». Como una especie de hilo de Ariadna,

un terrible secreto familiar se desvela y lleva al protagonista de la narración a seguir su corazón y cortar todo lazo con un pasado del que, por lo demás, siempre fuera desterrado. En este sentido, la trama que construye María Eugenia Ramos habla de la violencia sistematizada e incorporada a la cotidianeidad de las relaciones familiares, donde las víctimas son desoídas con el silencio cómplice de quienes, por miedo o conveniencia, deciden ignorar el dolor de las víctimas de violencia sexual.

Finalmente, Arturo Martínez Galindo profundiza en la psique del oprimido con «La Nati». El autor nos muestra cómo personajes habituados al maltrato y la miseria terminan defendiendo el mismo sistema que los reduce. En un relato que busca los espacios marginales, vemos el intento del protagonista por ejercer un rol reivindicador en la vida de la personaje. No obstante, la tragedia se consume cuando ella se aferra al espacio y al sujeto que la subyuga, perdiéndose en él irremediamente.

Esta antología no pretende ser un simple compendio de ficciones, sino un espejo de las heridas que aún supuran en el tejido social hondureño. Desde la discriminación y el patriarcado hasta la falsa promesa del desarrollo y la alienación, estos autores nos invitan a cuestionar las estructuras que habitamos. Al cerrar este libro, el lector no solo habrá transitado por distintas estéticas literarias, sino que se encontrará de frente con la responsabilidad de no apartar la vista. Que estas páginas sirvan, entonces, no como un punto final, sino como el inicio de un diálogo urgente y necesario sobre la realidad que construimos —y padecemos— a diario.

MIGUEL ACOSTA FLORES

FRACASO

MIMÍ DÍAZ LOZANO

José se ejercitaba saltando los charcos que la lluvia había formado en una de las callejuelas del barrio, contorsionándose todo para apoyar su cuerpo endeble en la dura muleta de palo. Quién sabe por qué razón, pero ese día se sentía extrañamente feliz. Una alegría de niño lo invadía cuando lograba salvar, con su única pierna, algún pozo de agua sucia que reflejaba su grotesca figura. Experimentaba tal placidez y satisfacción que no le importaban los gritos y burlas con que trataban de despertarle los pilluelos.

—¡Eh, tú, canilla de palo, no te vayas a bañar con lodo! ¡Mirá que te podés quedar solo con el tronco!

José se limitaba a mirarlos indiferentemente y proseguía con su andar desvencijado. Habían pasado los tiempos en que las ironías de los muchachos lo hacían padecer.

Su mente se llenó de súbito con el recuerdo de su madre. Pensó en la enfermedad de ella, invadido repentinamente por el pesar. Aunque últimamente había mejorado de salud, padecía de alucinaciones y, después de una crisis nerviosa que había sufrido, vivía abstraída y ausente de este mundo, actuando solo cuando se la inducía a ello. Pero ya él vería la manera de cómo ponerla bajo tratamiento médico.

Esperaba en Dios que no se le iban a frustrar sus esperanzas de conseguir trabajo y ansiaba con vehemencia ocupar sus energías en algo productivo y que lo sacara de la miseria en que actualmente se encontraba. Quería luchar y enfrentarse a la vida como cualquier otro hombre, sin que se tomara en cuenta su invalidez. Estaba cansado de las palabras y sonrisas compasivas, de que le miraran con repulsión o de que lo tiraran a la calle como a cualquier trapo viejo. ¡No!... Él se abriría campo como fuera. Aceleró el paso, empujado por la fuerza interior de su decisión, aplastando con su tosca mano la mata de su cabello y enderezando el nudo de su descolorida corbata sobre la limpia y bien almidonada camisa. ¿Lo aceptarían?... Indudablemente que era un buen empleo. Hacía tiempos que andaba en busca de una oportunidad como aquella y no la iba a dejar escapar ahora que la había encontrado. Necesitaba entereza y ánimo. ¡Ánimo sobre todo! Con gran esfuerzo, suprimió su angustia e hizo variar el rumbo de sus pensamientos.

El aullido de la sirena del tren lo sacó de su abstracción, y nuevamente lo poseyó la congoja de su expectativa. ¿Lo aceptarían? Se levantó para pasearse nerviosamente, tratando de llenar con su agitación el vacío de la duda. ¿Lo aceptarían?... Una mano que lo palmoteó con confianza en la espalda lo hizo volverse bruscamente, iluminándosele el rostro al comprobar que se trataba de Guillermo.

—¿Qué tal te va, viejo?... ¿Cómo te sentís?...

José se limitó a sonreír levemente, dándole a comprender al otro su estado de ánimo.

—¡Valor, hombre! Si te ven con esa cara de perro apaleado te van a amolar con una negativa.

Subieron con lentitud las gradas que conducían hacia las oficinas de la compañía ferroviaria, ensimismados en sus pensamientos. Eran muy buenos amigos y se ayudaban mutuamente,

fueran cuales fueran las circunstancias. Guillermo era el actual maquinista del tren que viajaba por el sur de la república, y estaba interesado en que José fuera su ayudante. Sobre todo, lo que más deseaba era hacerle comprender que su invalidez no era obstáculo para una obtención de empleo. Y era decidido y amplio; sin embargo, sostenía una dura lucha interior que lo debilitaba moralmente. La parte enferma se resistía a aceptar la superioridad de la sana y esta última pugnaba por hacerse triunfar. Le tenía una lástima profunda y este sentimiento era el origen del gran cariño que sentía por José.

La espera se prolongaba demasiado. Hacía ya quince minutos que se encontraban sentados en una de las pulcras oficinas, mudos de ansiedad. ¿Por qué los harían esperar tanto?...

José principiaba de nuevo a impacientarse, cuando un hombre de aspecto benévolo salió a atenderlos.

Guillermo se encargó de referirle las circunstancias.

—Se trata del muchacho del cual le hablé el otro día. Es el tipo adecuado para esa clase de trabajo. Le aseguro que es muy capaz.

El hombre observó a José con atención y vaciló antes de responder:

—Francamente, me parece que no... Tal vez para otra ocupación...

José abandonó el recinto con brusquedad, sin escuchar la súplica con que Guillermo trató de detenerlo. Sentía una dolorosa pesadez que casi paralizaba los latidos de su corazón y le impedía andar con rapidez. ¡Era un inepto, un inválido! Las lágrimas le empañaron los ojos y un sabor agrio le llenó la boca. ¡Un inválido!... ¿Por qué temblaba y se dejaba dominar por el miedo cada vez que se trataba de hablar por sus propios intereses?... ¡Qué estúpido era!... ¡Qué

villano y qué estúpido! Caminaba sin cansarse, empujado por la fundición de sus sentimientos, con el ánimo deshecho a causa de su derrota. ¿Con qué objeto vivía él?...

No era más que un estorbo para todos, hasta para él mismo. Era un residuo de la sociedad y pagaba las consecuencias por salirse de su cloaca ¡Todo era una inmundicia, una inmundicia asqueante! Sin embargo, ¡no! Él era un hombre como cualquier otro. Le hacía falta una pierna, es cierto —sintió agrandarse el vacío de su pérdida—, pero precisamente esa calamidad exaltaba su lucha. Él triunfaría y vencería todos los obstáculos. Le demostraría a la vida que él no era un guiñapo, que tenía un alma como todos los demás y que sabía luchar. Seguiría en su búsqueda y no descansaría hasta haber conseguido una ocupación, de lo que fuera. Afianzaría su carácter y nadie se mofaría de él otra vez. «La gente es buena», pensó su blandura. Él era un miembro dañado de la comunidad y tendrían que considerar primero la manera de curarlo para decidirse a la amputación.

Pronto se encontró envuelto en una marea humana que lo hizo olvidar su individualismo para considerar aquel hervidero colectivo. Por un momento, se desvaneció el fantasma de *su yo*, alucinado por la chispa de actividad que agitaba cuerpos y cerebros. Estaba cercano el momento en que él, en vez de ser un obstáculo, sería un tornillo indispensable en aquel fantástico motor que trituraba la desocupación.

Vagó otro rato antes de decidirse a realizar su proyecto. El optimismo consumía como un fuego purificador los restos de su desconfianza y, empujado por el primero, entró a una abarrotería.

Un señor gordo y bajo, de mirada penetrante y de ojos saltones que se agrandaban con la potencia de los lentes que se afianzaban sobre su abultada nariz, lo atendió con brusquedad.

—¿Qué quiere?...

José se sintió cohibido por lo intempestivo de la pregunta y titubeó antes de contestar:

—Me gustaría saber si... si no hay algún...

El dueño no lo dejó terminar.

—¿Empleíto vacante?... No señor, no hay.

José no se inmutó. «Pobre viejo judío», pensó, mientras se alejaba del lugar.

Aumentaba la fiebre de su búsqueda con cada negativa, y un doloroso deseo de sobrevivir a aquella agonía de su mala suerte lo hacía entrar en muchas casas de negocio, sin considerar sus posibilidades. El choque que recibía con cada *no* lo hacía respingar como una bola de hule y rebotar de lugar en lugar.

Decididamente, era *un pobre ser*. Nuevamente, se sintió amarrado a su invalidez y arrojado a los abismos.

Sentía el alma cansada. La entereza que al principio se posesionó de su ánimo dejó un gran vacío al desalojarlo. Sí... Las miradas inquisidoras y compasivas que le dirigían al exponer su situación, las inefectivas frases de consuelo con que trataban de alentarle para que siguiera adelante en su frustrada lucha le demostraban que él no servía para nada. ¡Para nada!...

Miró con descuido a un grupo de muchachos medio desnudos que se revolcaban en el lodo de la callejuela sin adoquinar, mientras la madre, una vieja desgarbada y sucia, se deshacía en gritos y regaños desde la puerta de su casa, y, en un último arranque de entusiasmo, entró a una herrería.

A la endeble luz de una lluvia de chispas, José pudo distinguir a dos hombres semidesnudos que se inclinaban sobre su trabajo envueltos en una nube de humo.

Al mirar a José, lo interrogaron burlonamente:

—¿Qué tal, canilla de palo?... ¿Qué te trae por estos lados?...

El interpelado titubeó una excusa por la molestia que les ocasionaba, y, casi en un suspiro, les manifestó su petición.

Una risa general lo interrumpió.

—¡Que te ayude el diablo, pero lo que es nosotros no te necesitamos!

José salió lentamente, seguido por las sátiras e ironías de los hombres. En los barrios pobres, él era muy conocido a causa de su defecto físico, por la cual le tenían casi por un idiota. Se sintió triste, con deseos de llorar. ¡Era un fracaso! Al llegar donde su madre, su crisis llegó al clímax. Ella lo miraba llorar con indiferencia. Dejó que apoyara la cabeza sobre sus piernas, mientras su mirada se volvía a perder en el vacío.

CORRER DESNUDA

A la tía Juanita

JESSICA ISLA

—Un día de estos, me van a sacar carrera... ¡No van a saber cuando salga corriendo desnuda por en medio del parque con las tetas al aire! ¡Y ese día se van a quedar sin nadie que se preocupe por ustedes! —decía mi madre, ante tres pares de ojos que la miraban asustados. Dicho esto, ella procedía a quitarse la camisa y sacarse el sostén, bajo la excusa de no aguantar el calor que nos hacía sudar a chorros dentro de la casa.

Debo decir que mi madre era un ser extraño, siempre lo fue. Como si fuese una diosa acuática, acostumbraba a bañarse dos o tres veces al día con agua fría, andar por la casa desnuda de la cintura para arriba una vez que llegaba del trabajo, no usar ningún tipo de loción, ni desodorante, puesto que, para ella, quien usaba este tipo de afeites era porque algún mal olor escondía. Obsesionada con los efectos del calor, cualquier tipo de etiqueta la producía una alergia violenta en su piel clara, por lo que se cuidaba siempre de usar ropa que fuese exclusivamente de algodón (desde el calzón hasta los calcetines, pasando por blusa y pantalones). Aparte de eso, era una amazona competente: cuidaba sola de sus hijos y su casa, suturando heridas sin miedo a la sangre y matando las culebras, algunas inofensivas, que tenían la desgracia de encontrarnos en el

solar. Luego de perseguirlas sin descanso y asesinarlas, las exhibía enfrente de la casa, para que todo transeúnte pudiese apreciarlas, en un intento, que hasta hoy me doy cuenta, de dar un mensaje de lo que podría pasarles a quienes irrumpían sin permiso en nuestra casa.

Así las cosas, la imagen de mi madre como valquiria guerrera, de pechos pequeños (exactamente, talla treinta y dos), estaba grabada en nuestras pequeñas mentes a sangre y fuego. Como éramos tres hermanos, todos de padres diferentes, ella era el único eje seguro de nuestras pequeñas vidas, y la posibilidad de que algún día enloqueciera y dejara de ser el motor que nos sostenía era simplemente impensable.

Sin embargo, mi madre no sería la primera mujer de la familia que enloqueciera y saliera corriendo por las calles. De hecho, mi abuela contaba que una tía suya, muy querida, profesora de escuela para más señas, había llegado una tarde de sus labores de enseñanza, y después de comer, mientras todos hacían la siesta, se había retirado a su cuarto y allí, lentamente, se había quedado los zapatos y las medias, había ordenado su cama, primorosamente arreglada con las sábanas de los calados que ella misma había hecho, para luego acomodar con devoción en el librero sus libros de enseñanza, y había abierto primero la puerta de su cuarto y luego la de la casa para arrancar a correr en corpiño y calzones largos, por el pueblo, quitándose la ropa interior en la carrera, con las tetas al aire, lanzando cada prenda a la gente que fuera de sus casas la miraba pasar. Ni qué decir que mi familia la atrapó en cuanto pudo (muy lejos ya del pueblo), le puso ropa y la encerró para siempre. Aun así, ella buscaba cualquier descuido para escaparse y, calzón en mano, arreciaba la carrera por las calles. Juanita se llamaba, y mi abuela decía nunca explicarse por qué había llevado a cabo ese acto: «No tenía necesidad, ni problemas», decía, «ninguno».

Pero con el correr de los años y por la lengua de un primo chismoso me di cuenta de que la tía Juanita tenía un novio que no era muy querido por su familia, por pobre y don nadie, así que los hombres de mi familia le advirtieron que lo dejara ir y que no hiciese escándalo, sin explicaciones. Pero ella, mujer de pocas palabras, solo callaba y salía a verlo, a escondidas; hasta que, un día, una turba de estos hombres la encontró con el flamante novio y, frente a sus ojos, procedieron a asesinarlo. Según me contaba el primo, todos los hombres de la familia, hasta los hijos de crianza, incluyendo a mi abuelo, dejaron al menos una puñalada en su cuerpo, como muestra filial de su participación y su rechazo. Ella bajó la cabeza y no lloró, solo procedió a caminar donde la familia del muchacho y decirles que estaba muerto y lo llevasen a enterrar. De más está decir que no le permitieron ir ni al velorio, ni al entierro, y siguió dando clases con la misma seriedad de siempre, como si nada hubiese pasado, hasta que una semana después, cuando todos creyeron que había aprendido la lección de no mezclarse con castas inferiores, fue cuando echó a correr para siempre. Desde ese día hasta su muerte vivió encerrada, la mayor parte de veces desnuda, solo acompañada de sus lentes y sus libros, que no se atrevían a quitarle, porque en caso de hacerlo se desataba una oleada de gritos sin final.

La imagen de la tía Juanita y la de mi propia madre me encontró un día, y debo decir que no por casualidad.

Regresando de haber parido a mi hijo, recién me integré al trabajo en una editorial donde mi jefe me aleccionaba sobre mis nuevos deberes. El cansancio que tenía desde que tuve a Pedro no escampaba. Pocas veces pude sentir cómo el peso del cuidado de otro ser recaía sobre mi espalda, que literalmente me dolía, ya que todo el trabajo y las horas de no dormir me pasaban factura.

—Pérez, pásese por la oficina antes de irse —me dijo mi jefe.

—Está bien, señor. ¿Se puede saber el motivo?

—Espérese a las cinco y hablamos.

Así que esperé pacientemente el fin de la jornada y me dirigí a su oficina, donde él tomaba una taza de café.

—Estimada, debo decirle que su rendimiento ha bajado mucho en el último mes.

—Así es señor, tengo un bebé en casa que no para de llorar y no cuento con mucha ayuda.

—¿Y el padre de la criatura?

—Se fue a España a trabajar, aquí conseguir trabajo es imposible. Damos gracias porque yo tengo este empleo; por favor, no me lo quite. Lo necesitamos.

—Lo entiendo Pérez, pero el rezago suyo hace que los otros empleados tengan que trabajar el doble. Domínguez, por ejemplo, tuvo que cubrir el trabajo que a usted le tocaba hoy.

—Sí, lo sé, lo siento mucho...

Y justo en ese instante me di cuenta de que estaba llorando, justo cuando mis pechos hinchados empezaron a gotear la leche que debería estar dándole a Pedro. Pensé en lo tonta que era en disculparme por algo que sabía que no lo merecía. Una mancha empezó a formarse a los lados de mi pecho, y yo, angustiada, pensaba en cómo detener ese lago de fluidos inesperados que empezaban casi involuntariamente a manar de mi cuerpo. Una mujer hecha de agua, pensé, una mujer lago con fondo desconocido. Estremecida por el llanto, no sentí a qué hora mi jefe caminó hasta estar a mis espaldas y, alzando su mano hacia mis hombros, me dijo:

—Tranquila, Pérez, ya sabe que en esta empresa todo se puede arreglar, y yo soy un hombre muy comprensivo.

Mientras decía esto, había pasado a hacerme un suave masaje en mis hombros (cosa que francamente agradecí), mientras me decía que la maternidad no tiene por qué ser una desgracia, que, más bien, tener hijos hace que las mujeres sean más maduras y felices.

—Aquí en la editorial sabemos eso, usted lo sabe, Pérez. Todas las mujeres quieren ser madres —me susurró ya casi al oído.

Y justo en ese momento, bajó sus manos de los hombros a mis pechos, acariciándolos, masajeándolos, mientras continuaba diciéndome que por experiencia propia sabía lo difícil que pueden ser los hijos, que él estaba allí para apoyarme, y al final, con su boca rozándome la nuca, me explicó lo mucho que necesitaba de unas tetas grandes y gordas como las mías. Que, desde que había regresado al trabajo, siempre me miraba y tenía fantasías con esos, mis recién estrenados pechos de mamá.

De ese momento, recuerdo cómo empecé a ponerme rígida y lo dejé hacer. Porque seguro nadie le habría contado las fiebres que me asaltaron de sorpresa al bajar la leche, ni las jaladas de pezones que me daba mi hijo, ni tampoco nadie le habría contado de la enfermera que llegó a apretarme los senos para *destripar* las bolas de leche coagulada que se me habían formado en el pecho cuando Pedro se negaba a mamar. Nadie le contaría que quedé temblando del dolor y que tenía las aureolas de los senos peladas y reseca, razón por la cual me aplicaba una pomada de manzanilla tres veces al día. No sabría jamás que, a pesar de todos los avances de la ciencia médica, que había inventado pastillas hasta para un dolor nimio, no tenía medicamento alguno para apaciguar mis dolores, porque todo estaba pensado para el *bienestar* del niño.

En ese momento fugaz, creo que pasó por mi cabeza en cómo se podían vivir las cosas de forma diferente: para él,

erotismo; para mí, dolor y paciencia. Dos perspectivas: las tetas para la realidad, las tetas para la fantasía. También pensé en cómo este tipo, director de una reconocida editorial, casado y con hijos, que decía ser respetable, podía llegar a hacerme eso, a mí, a su empleada de años, a mí, la correctora fiel de los textos de trabajo y los suyos, los que escribía y me hacía llegar como escritor *amateur*, para compensar las horas de mis llegadas tarde.

Así que lentamente le fui quitando la mano de mis senos, mientras me delectaba enronquecido que podíamos llegar a un acuerdo, que ya éramos adultos y nadie tenía porque darse cuenta. Me paré frente a él y, sujetando su mano, le acaricié la cara, le dije que estaba bien, que, si eso valía mi trabajo para la empresa, entonces lo que iba a hacer era lo correcto. Y mientras pensaba en las figuras de mi madre y la tía Juanita, fui agarrando con mi mano libre la lapicera de su escritorio y se la estampé en la cara. No me quedé a ver qué había pasado y corrí a la salida, escuchando sus gritos de dolor, donde las palabras *puta* y *desagradecida* iban y venían. Corrí sin detenerme al desvencijado ascensor y me metí dentro, con la cabeza y el corazón amenazando con salirse del cuerpo.

Pensé en Pedro y tuve ganas de llorar, pero imaginé a mi madre, sus pechos de amazona y la exhibición de las culebras que solía matar. Llegué al *lobby* y vi el cartel de la empresa exhibiéndose impudicamente frente a mis ojos, con su paleta de colores y su calidad de papel ofreciendo el mejor servicio posible. Sentí el dolor de cabeza incrementándose detrás de mis ojos. Ese monstruo que tarde o temprano vendría por mí, y fue en ese preciso momento que lo decidí. Me saqué los zapatos y procedí a quitarme las medias, para luego desabotonar mi camisa y seguir con el pantalón. Los alcanzaron el calzón y por último el sostén.

Desnuda, calibré las fuerzas de mis piernas y la posibilidad de agarre de mis brazos, para luego arrancar el rótulo de la editorial y ponerlo a modo de escudo sobre mi cuerpo.

Aspiré profundo y cerré los ojos, colocándome en posición de carrera. Consciente de ello, inhalé el aire de la ciudad, lleno de humo y olor a cuerpos sudados, a descomposición y desesperanza. Lentamente, puse los pies sobre la acera, arrodillándome en posición de salida, y pude escuchar clarísimo, detrás de la oreja, el silbato invisible, imaginario y ancestral que me invita al arranque: «Lista: en uno, dos, tres»...

ANITA, LA CAZADORA DE INSECTOS

ROBERTO CASTILLO

Anita era modelo en todo, hasta que le dio por cazar insectos. Era la mejor estudiante de su colegio, tenía buenos modales, sabía hacer tantas cosas buenas y bonitas, y sus amistades eran lo mejor de nuestra sociedad. En casa se levanta ahora una atmósfera de resentimiento cada vez que alguien recuerda estas cosas del pasado. Anita era tan completa que, después de lo que hizo, son muy comprensibles las rabietas y los problemas de papá.

Mamá me contó un día que cuando Anita nació nosotros éramos muy pobres, lo que no hay que tomarse tan al pie de la letra, porque ella siempre exagera mucho. Pero sí es cierto que Anita casi no tuvo juguetes en su infancia, aunque el Viejo se desvivió siempre por darle todo lo que se le antojara. En un principio hubo grandes privaciones, pero los viejos sabían con seguridad que, a medida que Anita fuera creciendo, las cosas buenas se multiplicarían, que cuando ella fuera grande podría tener el mundo a sus pies.

Estos pronósticos se cumplieron paso a paso con toda precisión. Anita quedó con buena estrella desde que le pusieron nombre. Papá estaba consultando el almanaque, y resulta que el santo que le tocaba era santa Eulogia. Mi tía Eligia se puso furiosa cuando supo el nombre que le iban a poner. Empezó a decir que qué

hombre más ignorante, que con todo el respeto para la Santa, pero con esos nombres, en los tiempos de ahora, se le quita a la gente las oportunidades en la vida, que yo hasta tuve que quedarme solterona. Finalmente, convinieron en que Anita estaba bien, pues era moderno, sonaba bonito y también era muy católico, ya que le hacía honor nada menos que a la madre de la Virgen.

No es porque fuera mi hermana, pero Anita tenía los ojos más lindos que jamás se hayan visto por aquí. Todo el mundo decía que sus ojos de azul profundo, sus cabellos rubios y el blanco inocente de su piel, la convertían en una muñeca de esas que solo se ven en las revistas que vienen de los Estados Unidos.

Los viejos discutieron más tarde, cuando llegó la edad escolar, si debían mandarla a la escuela de las monjas o a la escuela pública del barrio. No se ponían de acuerdo, pero mamá ganó, porque dijo que en la escuela de las monjas la iban a acomplejar: que recordá que todavía no dejamos de ser pobres, que esas viejas solo son plata para todo, que en la escuela del barrio Anita va a ser la niña modelo con todas las enseñanzas de etiqueta basadas en Carreño que se le han dado, que cuando llegue la edad de la secundaria estaremos preparados para mandarla con las monjas.

En la escuela, Anita fue la niña mejor educada, la que siempre andaba bien limpia y bien bañada, la que sabía cómo sentarse y cómo hablar, también cómo dirigirse a la gente mayor. Era bien distinta del resto de sus compañeros, que más bien parecían vagos, llegaban con legañas en los ojos y el cuerpo lleno de tierra de puro no bañarse. Anita representaba a la escuela en todo: hablaba en los actos cívicos, en las veladas; declamaba y cantaba bonito, era la alumna número uno. Los compañeros envidiosos pronto empezaron a decirle *la Tufosa*, pero el apodo no prosperó porque todos los profesores estaban con Anita. La

propia directora de aquella escuela mixta la pasaba sacando por casa para ir a clases y siempre iba a dejarla a la salida.

Tenía tres años de estar en la escuela cuando papá dejó el oficio de tornero. Empezó a trabajar con APLAN, que distribuía maquinaria agrícola. Allí lo metieron en la sección de ventas y adquirió buenas relaciones porque sabía hablar inglés, gracias al curso por discos que tomó. Nos cambiamos de vivienda y papá empezó a pagar la casa donde vivimos. Poco a poco las cosas fueron mejorando: el Viejo ya se ponía corbata, compró una consola de segunda y tuvimos teléfono. Estaba tan optimista que, a pesar de lo agarrado que ha sido, regaló a mamá para las navidades la colección de discos *Música latinoamericana que vivirá para siempre*, editada nada menos que por el *Reader's Digest*. Anita se cambió de escuela. Pasó a la sección primaria del Colegio Central de Señoritas que, aunque era del Gobierno, tenía tradición y prestigio. Las cosas iban mejor.

Cuando Anita terminó la primaria, papá le compró un piano de segunda, y a la hora de entrar con las monjas ya había recibido bastantes lecciones para aprender a tocar. Desde que Anita comenzó la secundaria, el Viejo se volvió más rezongón, a pesar del optimismo que sin duda le acompañaba. Que esas viejas solo eran plata, que esa muchacha pensaba que solo porque la habían criado consentida ya era la más inteligente, que si era que se había creído Miss Universo; pero mamá lo traía al orden hablándole del gran futuro de Anita.

A medida que avanzó con las monjas, a las clases de piano siguieron las clases privadas de inglés, natación, cocina, decoración y bordado. Por ese tiempo tuvimos automóvil, un Chevrolet viejo que papá compró a plazos en un lote de autos usados. Después Anita exigió que nos adhiriésemos al sistema

de UNICARD y más tarde papá compró una acción del Club de Natación. También se haría socio del Casino, aunque para esto hubo que mover muchas amistades e influencias, pues no lo querían aceptar ni siquiera con la plata en la mano. Papá se puso muy furioso entonces, que qué es lo que se creen esos espantapájaros, si ya los ricos no van a ese lugar, si es que no ven que está en plena decadencia, si es que no caen en la cuenta que él no quiere ir a chupar con ese montón de viejos pendejos, si no ven que a esas viejas pedorras y engreídas que circulan por el lugar él ni loco les haría el favor, si todo es porque la muchacha tenga un lugar medio decente para ir a tomarse un fresco o a bailar de vez en cuando. Si todo es por la muchacha, no por mí.

Ya en este tiempo, las amigas de Anita eran de lo mejor. Nunca la invitaban a sus fiestas. Anita estaba con ellas a veces en las fiestas del Casino, pero nunca en las fiestas privadas. Papá decía que era mejor así, que en el Casino la podía cuidar siempre alguien de la familia y que, en cambio, en esas fiestas privadas nunca se sabe... Allí anda siempre tanto rico sinvergüenza y descarado. Además, hay que ver que, aunque no la invitan a sus fiestas, siempre estiman mucho la inteligencia y buena educación de Anita; que la turquita Sara la viene a dejar en carro todos los días, que estudian juntas muy seriecitas y hasta se la lleva a tomar un helado por las tardes.

Por aquel tiempo Anita empezó a llenar sus cuadernos de mariposas disecadas. Las metía en medio de las páginas, y la primera que le vi tenía unos hermosos tonos azules en las alas. Muchas colegialas hacen cosas parecidas, solamente que en vez de mariposas ponen hojas o flores. Pero fueron las mismas compañeras las que empezaron a alarmarse cuando vieron la forma en que Anita hacía estas cosas. Le empezaron a decir

que era una exagerada, que dejaba el polvo de las alas de las mariposas en las páginas de todos sus cuadernos y sus libros. Al darse cuenta, mamá le dijo que tuviera cuidado, que si le caía ese polvillo en los ojos se iba a quedar choca para toda la vida.

En las vacaciones de aquel año, papá llevó a Anita de paseo a Miami. Cuando regresaron, ella ya se vestía solo con ropa americana; y hasta las mismas turcas se morían de la envidia, a pesar de que ellas podían comprar todo lo que quisieran. Papá dijo que qué viaje tan bonito, que qué bien lo pasamos, que qué suerte que la muchacha tuviera el aspecto que tenía porque así esos gringos desgraciados ya no lo discriminan a uno, como hacen con los que son medio aindiados.

Después del viaje, papá se puso más serio con los gastos de la casa: que no se despilfarre tanto porque es un montón de meses que vamos a tener que estarle pagando los pasajes a la agencia, que ya nos dimos gusto una vez como Dios manda y ahora hay que socar. Pero, unos meses después, el Viejo volvió a ceder a los ruegos de Anita y sacó otro crédito. Hubo muebles nuevos en la sala y en el comedor, una vajilla muy decente; se arregló también el frente de la casa, poniéndole un par de columnitas estilo clásico.

Anita siguió siendo la alumna brillante y corría el rumor de que al terminar la secundaria las monjas la mandarían a París. No bien lo supo mamá y se asustó toda: que decían que en ese lugar las mujeres tenían mala fama, que cómo me voy a separar de mi muchachita, que está bien que sea inteligente, pero tampoco me la van a enfermar de tanto hacerla estudiar.

Mi hermana siempre se apartó de la muchachada del barrio. Pero sus amigas las turquitas se reían de ella diciéndole que el tal o el cual es el novio tuyo, Anita. Eran tremendamente crueles con la gente. Al Pedro de la esquina le decían el *culo rompido*. Todo

porque, como tenía que ir a trabajar en un taller de mecánica, las llaves inglesas le rompían las bolsas de atrás de los pantalones, y además decía *rompido* en vez de *roto*, pues no terminó ni la escuela primaria. También al pobre Juan de Dios, que trabajaba en la heladería, le endosaron apodos feos; le decían el *cara de perro* por sus facciones bastante alargadas y sin duda caninas. Anita les decía a las turquitas que ella, por principio, no trataba a esos muchachos, pero ellas se tiraban a la carga:

—¡Ajá!, conque era con el *culo rompido* la cosa, ¿eh?; y Anita se puso tan colorada y tan furiosa que las turquitas nunca más la volvieron a embromar y jamás le faltó el respeto y la consideración de siempre.

Por las tardes, desde los balcones del colegio, Anita, Sussy y Sara saludaban, agitando las manos, a los muchachos que llegaban a echarles un vistazo. Ellos pasaban veloces en sus carros nuevos, o en grandes motocicletas, y no penetraban hasta el fondo de las instalaciones porque se los impedía una enorme verja de hierro. Veían desde la velocidad delirante las manitas blancas, más allá de la verja, en los balcones, agitarse delicadas como pañuelos. Y desde los balcones eran vistos dar aquellas vueltas, tomar aquellas curvas a grandes velocidades, envueltos en humo y confundidos con el ruido del hule violentamente restregado contra el pavimento.

Anita nunca trató de cerca a esos muchachos, solamente desde el balcón detrás de la verja. En casa siempre estuvieron claros en que no debía relacionarse con ellos, pues quién no sabía que eran unos grandes aprovechados con las muchachas que no pertenecían a la *high*, que las montaban en los carros y se las pasaban por las armas. Papá echó truenos cuando se enteró un día de que a las muchachas que paseaban los domingos por la tarde a lo largo de la avenida del bulevar, esos pencos cargados

de plata les decían las *picabielo*; y qué suerte que Anita no se junte con esas muchachas, que ella solo es de la casa al colegio y del colegio a la casa, que bien merecido se lo tienen esas tipas por subirse en esos carros.

Pero Anita quería cada vez mejores relaciones con la gente de la buena sociedad de nosotros. Papá le dijo que no había que precipitarse, que hay que aguantar un poco más, que cuando entrés a la universidad a estudiar Administración de Empresas te compraré un automóvil, que entonces sí que te podrás relacionar con lo mejor y no tendrás necesidad de pedirle jalón a nadie.

Por aquel tiempo empezó a quedarse quieta durante las clases. Ponía la mirada fija, como en el vacío. Cuando algún mosquito volaba cerca, ella extendía repentinamente la mano, la cerraba con violencia y lo atrapaba. De esa manera coleccionó muchos insectos. Sor Margarita se sonreía cuando veía esto, y para sí misma decía, con los labios entreabiertos, que qué criatura del Señor más inocente. Nadie se dio cuenta de que allí nació un hábito al que Anita jamás renunciaría.

Más tarde, las compañeras empezaron a comentar que mientras ellas estaban en sus *picnics*, o se deleitaban comiéndose a la gente en los porches de sus casas, o bien estaban con los novios en la playa, Anita se pasaba examinando minuciosamente las cortezas de los árboles del patio de su casa. Cuando había terminado, las repasaba detenidamente. Así coleccionó muchos insectos.

Al principio era solamente eso, pero después realizaba esta operación quitándose los zapatos, y más tarde era que no se interrumpía ni cuando había lluvia. Se pasaba las tardes enteras de los sábados buscando insectos entre los árboles, y cuando había llovido le gustaba morder sabrosamente la corteza de los

almendros. Eso sí, nadie se alarmó, porque Anita siguió siendo la mejor estudiante, siempre tan guapa y tan bien educada.

Papá se fue haciendo cada vez de mejores relaciones. Ahora era frecuente verlo llegar muy tarde por la noche, tomaba *whisky* y jugaba grandes partidas de póker. Mamá estaba cada vez más alterada porque le contaron que el Viejo se había conseguido una amante, y se destrozaba más cuando anónimamente una mujer la insultaba por teléfono. Pero nada de esto impidió que Anita fuera el centro de atención de todos. El último año de la secundaria, papá hipotecó la casa y hubo fiestas y viajes para Anita.

Ese año le ocurrieron los cambios más bruscos, pero el rendimiento intelectual no bajó. Más bien desplegó un talento extraordinario para las matemáticas y las ciencias naturales, hasta el punto que mucha gente sería llegó a creer que Anita se podría convertir con el tiempo en una de las mejores cabezas del país. Eso sí, se volvió muy callada. Nadie prestó atención, pero se volvió demasiado callada. A la par de esto, intensificó las cacerías de insectos. Cuando los había cogido, era feliz descuartizándolos de mil formas y tirándolos por todos los rincones de su cuarto.

Anita solo cazaba insectos los sábados y los domingos. Pero, una vez que salió de los exámenes finales de bachillerato, les dedicó todo su tiempo. Se hizo de una red especial y era febril en su actividad. Empezó a cazarlos también por la noche. Salía de su cuarto a hurtadillas, en altas horas, y no pensaba más que en la cacería. Cada vez comía menos y empezó a ponerse pálida. Un día cruzó de mañana la verja de la casa, iba descalza y agitaba la red violenta y graciosamente contra los mosquitos, las mariposas, los saltamontes, los zancudos, los escarabajos, los escarabajos dorados y todos los insectos de la tierra. Los anduvo buscando y recogiendo por la calle, y luego se internó en el solar baldío que quedaba junto

a los árboles de mango. Mordía los insectos recogidos y después se los restregaba por la cara, los brazos y las piernas. Regresó a casa al final de la tarde, con las ropas rasgadas por las espinas y las cercas; traía la cara sucia por los insectos que se había restregado y estaba en un solo temblor, pero en su rostro había una felicidad extraña. Los viejos se asustaron mucho: que qué van a decir, y es que te volviste loca, muchacha; y mamá: que no, que era que tenía débil el cerebro de tanto estudiar.

Durante un buen tiempo no le permitieron salir de su cuarto hasta que se repusiera, pero ella levantó las tablas del piso y encontró cucarachas, que sacó a montones. Las amarró con hilos, aprendió a manejarlas y las cucarachas obedecían todos sus deseos; caminaban hacia la izquierda o hacia la derecha, según Anita tiraba de los hilos. Tuvo verdaderas cuadrigas de cucarachas amarradas que se convirtieron sumisamente a sus deseos. Los viejos rociaron insecticida en el cuarto y se las mataron, pero ella les acariciaba los cuerpos muertos, y no se las quisieron quitar de golpe porque entonces pataleaba, lloraba y se ponía histérica. Siguió unos días sin salir del cuarto, se dedicó a perseguir arañas y a levantar más tablas del piso sin que pudiera encontrar cucarachas.

Un día se escapó de casa. Fue la vez que se la contempló más bella que nunca. Regresó dos días después, ya de noche. Venía cubierta de saltamontes verdes y traía la sonrisa más dulce y más sincera del mundo. Mostraba arañazos por todas partes, debidos a los matarrales espinudos por donde se había metido; sonreía constantemente y cantaba canciones bonitas que nunca antes se le escucharon. No se inmutó cuando el Viejo la golpeó toda. Aguantaba la paliza salvaje como si no fuera con ella, y el Viejo: que esta bruta se anda enmariguanando y que esto ya es

el colmo, que este es un hogar decente y lo seguirá siendo, y de mí nadie se ríe así por así.

Le buscaron un siquiatra a Anita, que afortunadamente ya se había graduado de bachiller. Nadie mostró entusiasmo por la graduación, porque todo el mundo andaba preocupado con las cosas que le pasaban. Hubo alegría, pero se buscaba disimularla un poco, pues en casa creían que, si la gente ahora se fijaba demasiado en Anita, iban a regar el rumor de que estaba loca. Sin embargo, las monjas le hicieron un regalo muy especial de fin de bachillerato, le dieron una cena, la despidieron muy cariñosamente, y que qué lástima que esta bella criatura sea para el mundo.

El siquiatra la dio por curada a mediados del siguiente año. Ella no había podido entrar a la universidad porque los viejos decían que no era conveniente mientras durase el tratamiento. Finalmente, el doctor dijo que no era tan grave, que solo se trataba de unos síntomas de neurosis, que afortunadamente no eran todavía severos y que ella ya había logrado superarlos.

Durante unos meses, todos estuvimos tranquilos; Anita ya conversaba de nuevo, dormía bien y comía bastante. Un día se escapó, pero regresó en la tarde y los viejos dijeron que pobrecita, que era que necesitaba salir, y que no era grave porque no había regresado con insectos. Esas salidas continuaron, pero había tranquilidad en la casa, hasta el día que empezaron a circular rumores de que Anita se veía con amistades extrañas en los parques.

Una vez se perdió por todo el día y llegó muy tarde en la noche, con las ropas rasgadas. El Viejo se puso furioso y no se pudo controlar. Le empezó a dar de golpes; y mamá: que no hay que golpearla, que todavía está enferma, que pobrecita mi niña.

Y el Viejo, como loco: que esto no es con siquiatras que se va a arreglar, que hay que darle a esta burra sus buenos macanazos para que aprenda de una vez por todas, que esta va a ser la medicina.

Después de esto, la prohibición de salir fue estricta. Pero, con los días de encierro y de tristeza, Anita convenció a mamá de que la dejara estar por lo menos en el patio, que ella se moría si seguía encerrada; y se ponía a llorar. Y mamá: que pobrecita mi muchachita linda, que ahora sí que vas a ser buena; y salí, pues, pero te me portás bien. Y Anita, que apenas puso los pies en el patio, tomó impulso, y de un solo salto atravesó la verja y se fue corriendo por la calle. Mamá gritaba histérica: que vení, Anita, no seás mala, si yo te quiero mucho; que ese hombre cuando vuelva me va a matar, porque va a decir que yo tuve la culpa. Y siguió gritando hasta que la perdió de vista.

Estuvo cuatro días fuera y no fue posible encontrarla, aunque se pidió ayuda hasta a la policía. El sábado por la mañana apareció descalza, vistiendo unos *blue jeans* que no eran de ella porque le quedaban demasiado grandes. Entró cantando, sin saludar a nadie. Traía la cara y el pelo cubiertos de mosquitos y se llenaba de sangre porque se los deshacía a palmadas, como si fuera una diversión, y le chorreaba revuelta con el sudor la sangre que los animales le habían sorbido.

Esta vez nadie le dijo nada, ni le pegaron siquiera. Se limitaron a lavarla y a decirle que mirá lo que te buscás, que qué mal agradecida después de todo lo que hicimos por vos, que qué desprestigio para nosotros, que ni siquiera tenés en cuenta que todavía le debemos al siquiatra. Anita nada respondió, solamente siguió cantando y parecía que no estaba en este mundo. Papá se puso una borrachera que le duró una semana y también estaba como loco. Para evitar que yo fuera el próximo

trastornado, me mandaron a vivir un tiempo con tío Carlos y tía Loca, hasta que todo estuviera arreglado.

Anita se pasaba ahora las tardes enteras cantando canciones tristes. Se sentaba junto a la verja, que ya no podía saltar porque estaba demasiado vigilada, y no perdió la sonrisa extraña con que regresó desde la última escapada.

Unos días después empezó con vómitos y luego descubrieron que estaba embarazada. Entonces el Viejo no pudo más, y que se vaya a la mierda esa puta, que solo esto era lo que faltaba y que ahora sí que ya nos remató. Y el Viejo la pateó toda, y mamá tuvo una crisis de nervios de la que le resultó un temblor feo en el labio que todavía no le han podido curar.

Anita perdió el niño que iba a tener. Parece que algunas personas amigas la ayudaron un tiempo, después de que la echaron de casa. Pero también de allí se escapó. Yo era muy pequeño entonces, aunque me acuerdo bastante bien. Sin embargo, algunas cosas las supe hasta después. En casa no puedo hablar de esto porque a Anita no se la volvió a mencionar siquiera. Desde que sucedió todo, mamá solo pasa metida en la iglesia y asistiendo a reuniones de caridad. El Viejo se volvió amargado, sigue bebiendo y cada vez se llena más de deudas.

De Anita solo he sabido que se volvió de lo más enfermiza, que le dio tifoidea, que pasa toda demacrada y resulta por eso irreconocible. Dicen que a las orillas de los ríos que circundan la ciudad ella busca, metiendo las manos entre la arena, jaibas y lombrices que después entrega a los pescadores. Parece que en un tiempo la chiquillada de esas zonas la perseguía hasta meterle miedo, y cuando ella empezaba a correr gritaban que ahí va la Siguanaba. Pero todo esto sí que deben ser puras habladas.

Nuestra casa se volvió tan distinta después de lo de Anita

que ahora pareciera que ni en el recuerdo existe. A mí, la verdad es que me va bien, el Viejo me entiende bastante, aunque nunca me hace una broma ni me da confianza. Últimamente, se le ha metido que el próximo año que cumpla quince tendré que entrar a la escuela militar.

LA CINTA ROJA

*I am shielded in my armour
hiding in my room, safe within my womb
I touch no one and no one touches me.*

*I am a rock, I am an island.
And a rock feels no pain
and an island never cries.*

SIMON & GARFUNKEL

MARÍA EUGENIA RAMOS

Mi abuela yace en el sofá, sumida en esa duermevela en la que se ha refugiado desde hace tiempo, y sé que no hay mucha diferencia entre que esté tendida allí o en un ataúd. Hace mucho que dejó de comer, de oír, de ver y de sentir otra cosa que no sea miedo y dolor. De vez en cuando, algo de su antiguo ser vuelve a su mente, y entonces busca a las personas a su alrededor. «¿Estás allí, Arturo?», pregunta con voz apenas audible. «Sí, abuela, aquí estoy. ¿Qué necesita?». «Nada», contesta, «es que pensé que me habían dejado sola».

El temor a la soledad ha sido una constante en ella desde que enfermó. Por eso se ha trasladado a la sala, donde se resigna a la carcoma que comenzó en las vigas del techo y se ha apoderado de la casa, al punto de que se han tenido que botar algunos muebles de los que solo quedaba el cascarón. Ha pedido que le acondicionen este viejo sofá, donde cada mañana le llevan de su cama las mantas y una torre de almohadas, entre las que de forma precaria acomoda sus pequeños huesos, sostenidos apenas por una piel frágil que ha empezado a descamarse. En las raras ocasiones en que he hecho

algún trabajo de albañilería y he podido juntar algún dinero, le he propuesto comprarle una silla de ruedas, pero se niega. «A mí ya me queda poco tiempo», dice, «¿para qué gastar?». Le ofrezco colocar unas barras para que tenga de dónde sostenerse cuando hace el recorrido del sofá al baño, y así no dependa de que otra persona la lleve. «No», me dice, «porque eso estorbaría a los demás que viven en la casa». Siempre ha sido terca, y a estas alturas esa terquedad me desespera. Hice un par de intentos y luego desistí. Ahora, además, aunque ella quisiera, ya no tengo dinero. Los pocos ahorros que me quedan son para algunas de sus medicinas. Mis tíos asumen que es mi obligación, sea que tenga o no trabajo, y me gusta sentirme útil al menos en eso. Aunque es una utilidad ficticia, porque en el fondo sé que las medicinas no la curan, ni siquiera la alivian.

Vivo en la parte de atrás de esta casa donde crecí, en un cuarto destinado a bodega, donde el techo de zinc hace el calor insoportable durante el largo verano de estas tierras. Soy albañil y sé un par de cosas de construcción; bien podría haber cambiado ese techo o ponerle un cielo raso aislante, en uno de esos esporádicos momentos en los que me ha sobrado algún dinero. Pero también me pregunto para qué gastar, si mi idea es no quedarme aquí para siempre. En algún lugar debe haber una casa y una vida que sean mías, no estas que siento prestadas. Con esa idea dejé de comprar ropa, por ejemplo. La verdad es que un albañil no necesita ropa. Con un par de mudadas es suficiente, porque es un trabajo sucio, y cuando no hay trabajo, tampoco hay dinero ni forma de salir a gastar.

Me he quedado en esta casa donde mi mamá me dejó, así como dejó el piano, recuerdo de esa época maravillosa en la que no había carcoma, y ella tocaba y cantaba canciones que yo adoraba

escuchar, aunque no entendía las palabras. Ella me decía que era francés, y que me iba a enseñar; pero un día me dijo: «Hay que seguir al corazón», y se fue. Yo tenía seis años y durante todo ese tiempo pensé que ella era mi hermana mayor, mi bonita hermana que me permitía verla cuando se peinaba ese cabello largo y lustroso, y me dejaba ponerme pintalabios a escondidas de mis tíos. Pero, cuando se fue, mis tíos me dijeron que no era mi hermana, que se había embarazado de algún novio, no se sabía quién, y que de allí nació yo. Por mucho tiempo esperé que volviera, y mientras tanto intentaba tocar el piano para recordarla. Hasta que mi abuelo dijo un día: «Mucha bulla hace ese niño con ese piano», y mandó que lo dejaran en la bodega donde ahora duermo. Le pusieron muchas cosas encima y terminó quebrándose. Pienso que, en el fondo, es lo que quería mi abuelo, para desquitarse de que mi mamá se haya ido y nos dejara atrás para seguir a su corazón. Nunca entendí cómo sería eso de seguir al corazón, si lo tenemos aquí, dentro del pecho. De ella solo me quedó uno de sus pintalabios, que seguramente olvidó al irse. Mis tíos nunca supieron que esperaba a que se fueran para pintarme, y me miraba al espejo buscando los ojos de ella en los míos; pero nunca aparecieron.

Seguí yendo a la escuela y comiendo en la cocina, con mi abuela, como lo hacía cuando estaba mi mamá. Pero me costó mucho llegar al sexto grado. No ponía atención en clase y siempre estaba castigado. Mi abuelo dijo que él no iba a seguir gastando dinero en alguien que no quería estudiar, y me puso a ayudarlo a uno de mis tíos, que es maestro de obra. Así fue como me hice albañil. Me gustó empezar a ganar algún dinero. Los otros albañiles lo gastaban en cerveza o en comprar comida para sus hijos, los que ya tenían familia, pero yo compraba pintalabios en algún puesto

del mercado donde no me conocieran, y me los llevaba a la bodega, que para entonces ya era también mi cuarto. El pintalabios que dejó mi mamá se gastó pronto, de tantas veces que me lo puse de niño, pero aún conservo el envase. Lo llevo siempre conmigo, y me gusta apretar de vez en cuando ese pequeño tubo vacío.

Mi abuelo murió hace unos años. No estuve en su entierro porque me había ido a trabajar en una construcción fuera de la ciudad, y me alegro, porque así no tuve que fingir tristeza. Nunca me pegó ni me trató mal, pero tampoco me hablaba, y algunas veces lo sorprendí viéndome de lejos, como si fuera un bicho raro. En un par de ocasiones acompañé a mi abuela a dejarle flores al cementerio el día de difuntos, pero solo si no estaba disponible ninguno de mis tíos.

Mientras estuvo sana y fuerte, la abuela nunca habló de mi mamá. Nadie hablaba de ella, salvo mis tíos, que cuando se enojaban conmigo me la recordaban con palabras que no entendía, pero me molestaban. Desde que se enfermó, mi abuela ha empezado a hablarme de ella cuando nos quedamos solos, quejándose de tanto que la cuidaron y quisieron, por ser la única hija mujer, y cómo fue capaz de irse y dejarme. No me gusta oír hablar mal de mi mamá, pero lo tolero sin decirle nada a mi abuela porque me gusta quedarme a solas con ella cuando mis tíos se van a trabajar. En realidad, lo que me gusta es que puedo revisar sus cosas de antigua costurera, y hasta probarme algunos vestidos de los que guarda en ese viejo ropero, conservados en naftalina. Por alguna razón, a mi abuela no le parece extraño, y hasta me dice: «Medite este»; o: «El color de aquel te queda mejor».

Sin que se dé cuenta, me he llevado algunos de esos vestidos a mi cuarto-bodega, para ponérmelos en esas largas horas en las que no tengo nada que hacer. Lo malo es que allí no tengo espejo

de cuerpo entero, solo uno pequeño encima del lavabo que yo mismo instalé, junto con la regadera y el inodoro. En esas cosas sí he gastado, porque en la noche mis tíos cerraban la puerta y no podía usar el baño de la casa. Podría haberme comprado un espejo grande; pero me da pereza inventar una explicación de por qué un hombre, y además albañil, querría tener en su cuarto un espejo grande. Prefiero verme por partes, y he llegado a pensar que así soy: una persona hecha de pedazos. No sé si soy eso, o soy varias personas en un solo cuerpo. Se me acaba de ocurrir ese pensamiento, y me inquieta, así que lo espanto como quien ahuyenta una mosca.

Hoy de nuevo he venido a acompañar a mi abuela, pero no estoy buscando más vestidos, sino una cinta roja. Por alguna razón, me gustaría tener una cinta que combine con el pintalabios, tal vez porque guardo el vago recuerdo de haber visto a mi mamá usando una en el pelo, cuando me dejaba acompañarla mientras se peinaba. Hay mucho dónde buscar. El pasillo de acceso al dormitorio está abarrotado. Una estantería cubre toda la pared, con anaqueles llenos de polvo y libros que nadie lee. Hay un mueble cojo, sujeto con un cáñamo para que no se caiga, repleto de cajas apiladas en desorden. Algunas son de plástico, organizadores como los que se encuentran en las casas de la gente ordenada; otras son simples cajas de zapatos, reutilizadas para guardar cosas.

Aunque tengo los dedos duros y callosos por el trabajo de albañil, me las arreglo para buscar con delicadeza entre tiras bordadas, antiguos retazos de tela, ristras de lentejuelas, encajes y botones. Hay muchas cintas, verdes, amarillas, naranjas, rosadas, azules, pero no encuentro la cinta roja. Me acerco al sofá donde dormita mi abuela con la boca entreabierta. Sé que no está completamente dormida, porque de vez en cuando se queja. «Abuela», la llamo.

No me contesta. «Abuela», le digo, con voz un poco más fuerte. Cierra la boca y abre a medias los ojos. «Abuela», insisto. «Ando buscando una cinta roja. ¿Se acuerda si tiene?».

Ahora sé que está despierta, porque me toma la mano. Siento que la de ella está fría, a pesar de este calor tan fuerte que dan deseos de vomitar. Le doy tiempo para que regrese de cualquiera que sea ese limbo, que me reconozca y se dé cuenta de que está en su sofá, rodeada de sus almohadas y cubierta con su manta. «¿Qué?», me pregunta. «¿Tiene cinta roja, abuela? Ocupo una». Se queda en silencio unos segundos, me imagino que buscando entre los agujeros de su mente. Inesperadamente, abre más los ojos y me dice con voz más clara que de costumbre: «Sí, búscala en una caja de madera que está detrás de mi cama».

Sé a qué caja se refiere. Es una de madera tallada, estilo baúl, pero pequeñita. Desde niño la he visto con curiosidad y me gustaría saber qué hay dentro, pero siempre la he encontrado con llave. Antes de que le pregunte, mi abuela me dice: «La llave está en la mesa, detrás de la Virgen».

Mi abuela siempre ha sido ferviente católica, y su cuarto está lleno de imágenes de santos, algunos en cuadros y otros en pequeñas esculturas. Cuando era niño le tenía mucho miedo a ese cuadro donde está un señor de cara hosca, como la de mi abuelo, con sandalias y un vestido blanco, que sostiene una balanza, mientras a sus pies hay unas personas envueltas en llamas. «Es el Justo Juez», me decía mi abuela. «No le tengas miedo. Solo portate bien para que cuando llegue el juicio final no te vayas al infierno». No entendía por qué me decía eso, si lo único que hacía mal era estar distraído en la escuela. Siempre que entraba a ese cuarto procuraba ver hacia otra parte, porque parecía que el señor del cuadro me miraba fijamente, y eso me daba pesadillas

por las noches. Las vírgenes, en cambio, son mucho más amables. Me gustan sus vestidos, que imagino de tela suave, agradable al tacto. Están la virgen de Guadalupe y la del Carmen, pero yo sé que cuando solo dice «la Virgen» se refiere a la de Suyapa, de la que es muy devota.

Me emociona poder, por fin, después de tantos años, abrir la caja y ver qué hay adentro. «Volvé rápido», dice mi abuela. «No me gusta quedarme tanto tiempo sola». Me apuro a llegar al cuarto y encuentro la llave exactamente donde ella dijo. Limpio el polvo de la caja e introduzco la llave en la cerradura. Cuesta que gire, se nota que hace mucho tiempo no se usa, pero finalmente se abre. Para mi sorpresa, dentro de la caja lo único que hay es precisamente una cinta roja, de las que se ponen en el pelo, y de alguna manera me doy cuenta de que es la misma que recuerdo haberle visto a mi mamá, cuando era niño y creía que ella era mi hermana bonita.

Me paro frente al espejo grande del ropero con la cinta en las manos. Me veo como soy: un hombre adulto, vestido con un pantalón de tela gastada y una camiseta, con las manos curtidas. Como no estoy trabajando, hace mucho que no me rasuro ni me corto el pelo. Lo tengo largo, y eso me parece genial porque puedo ponerme la cinta. Tomo el cepillo de mi abuela y me peino cuidadosamente. Mis manos son duras, pero mi pelo no. Es suave, y tengo la esperanza de que sea como el de mi mamá. Me gustaría parecerme a ella, pero no sé si lo he logrado, porque no tengo ninguna fotografía, y su imagen está cada vez más lejana en mi recuerdo.

Después de cepillarme bien, me pongo la cinta y vuelvo a la sala, para que mi abuela no esté sola mucho tiempo. Imagino que está dormitando nuevamente, y procuro no hacer ruido. Pero está despierta, y veo que trata de incorporarse. Me acerco y la tomo

de los brazos para ayudarla, porque no puede hacerlo sola. Se me queda viendo como asustada, pero logra sentarse. Me quedo a su lado en el sofá, por si necesita ir al baño, y entonces veo que está llorando. Las lágrimas le corren por las mejillas hundidas, y se quedan atrapadas en los surcos que tiene entre la nariz y la boca. Entonces soy yo el que se asusta. «¿Qué pasa, abuela? ¿Qué tiene? ¿Le duele algo?». Mueve la cabeza para decir que no, y levanta la mano para tocar la cinta que tengo en el pelo. No sé si quiere quitármela o es un gesto como el que acostumbra para bendecirme, pero me agacho para que pueda alcanzarme.

«Era de ella», empieza a decir, y me cuesta entenderla entre las lágrimas. «Esa era la cinta que ella tenía puesta cuando pasó todo». No le pregunto quién es ella, porque ya sé que es mi madre, que pasa de nuevo flotando entre mis recuerdos, con su hermoso cabello suelto. Pero quisiera que mi abuela deje de llorar, porque está muy agitada. «No llore, abuela», le digo, «¿le traigo agua?». «Dejame», me dice. «Dejame hablar, porque ahorita me acordé de todo».

No sé de qué se acordó para que esté llorando, si le cuesta recordar qué día de la semana es, pero hago caso y me quedo esperando en silencio. Y entonces empieza a hablar, y sé que nada podrá detenerla. «Tu mamá no salió embarazada de ningún novio», dice: «todo lo que te dicen tus tíos, lo que yo te he dicho, es mentira. Yo no quería acordarme. Ella no era mala hija. Era linda y muy inteligente. Sacaba buenas calificaciones en el colegio. Era un colegio caro, pero allí le daban clases de piano y de francés. Tu abuelo la consentía y le pagaba todo».

Ha dejado de llorar y hace silencio por un momento. Pienso en volver a ofrecerle agua, pero mejor me callo. Ahora habla con voz más fuerte, y su cara tiene otra expresión, como si de repente

hubieran cesado esos terribles dolores que tiene todo el tiempo. «Yo no quería darme cuenta», dice. «No quería darme cuenta de nada. Porque yo tenía que haberla cuidado, y no lo hice. Tu abuelo dormía con tus tíos, porque desde que me embaracé de tu mamá, que era la menor, dijo que yo le daba asco. Una madrugada me levanté para ir al baño y vi que estaba abierta la puerta del cuarto de tu mamá. La fui a cerrar, pensando que la había abierto el viento, y entonces lo vi. Todo lo vi, porque el alumbrado de la calle daba justo a la ventana de ese cuarto. Tu abuelo estaba en la cama, encima de tu mamá. Ella no se movía. Tenía los ojos abiertos, pero se notaba que no veía a ninguna parte. Y tenía puesta esa cinta roja en el pelo».

Yo me he quedado con los ojos abiertos, sin ver a ninguna parte, como dice mi abuela que estaba mi mamá. Oigo su voz que llega desde muy lejos, no porque sea débil, sino porque yo me he ido a algún otro lugar y desde allá la escucho. «No hice ni dije nada», continúa mi abuela. «Volví a mi cuarto y seguí mi vida. Me obligué a olvidar lo que había visto. Cuando a tu mamá le empezó a crecer la barriga, supe que era de tu abuelo. Los tres lo sabíamos, pero nunca dijimos nada. Tu abuelo la sacó del colegio. Cuando llegó el momento, la llevamos al hospital y vos naciste. Ella se quedó mucho tiempo para cuidarte, hasta que al fin se fue. Yo nunca la busqué. Solo guardé esa cinta bajo llave, para nunca más volver a saber de ella. Tu abuelo era tu abuelo y también era tu papá. Los dos, tu abuelo y yo, le desgraciamos la vida a tu mamá. A mi niña».

Por fin ha dejado de hablar. Yo no digo nada. No intento consolarla, y ella tampoco lo pide. Se vuelve a acostar, y sé que esta vez no saldrá de esa duermevela, su refugio. Me doy cuenta de que no se puede morir porque está muerta desde hace mucho tiempo. Pero siento compasión por ese cuerpo vacío, como

los muebles devorados desde adentro por la carcoma, como el envase del pintalabios que siempre llevo en el bolsillo del pantalón. Por fin entiendo qué quiere decir seguir al corazón. Y mi corazón me dice que me quite la cinta, y que se la ponga a mi abuela en el cuello, y que apriete hasta que cese el remedo de respiración que aún le queda.

¿Cómo se puede dejar de seguir al corazón?

LA NATI

ARTURO MARTÍNEZ GALINDO

Por el malecón que bordea el río Grande, pasea su aburrimiento Octavio Fernández. Las aguas, quince pies abajo, se amodorraron en la quietud y las medias tintas del atardecer.

—Todo enfermo de estancamiento —piensa Octavio—; todo contagiado de resistencia al movimiento.

Y en verdad que hasta al río Grande le había contagiado el ambiente; la inconciencia de los hombres había sido más fuerte que la naturaleza; el río era antes pujante y rebelde; al embate de sus grandes avenidas crujían las arcadas de los puentes y arrancaba de cuajo los amates gigantescos. Aquel puente colonial, macizo recuerdo de los españoles, bastó una noche para descimentarle. Octavio recordaba aquella noche; él era un chico; condujéronle de la mano a contemplar la obra de rebeldía, pues el río no quería yugos. ¡Cómo le pareció hermoso y cómo le amó! Nació entonces en su alma un secreto anhelo de ser como el río, como el río suyo, al que había visto vengador, llevando a espaldas, entre blancor de espumas y rizos de ondas, la armazón descompuesta del pontón colonial. Y hogaño, ¡qué tristes las aguas quietas! Más que río, era un sartal de grandes ojos claros. «Le asesinaron», exclamó Octavio. E imaginaba al campesino ignorante, hacha

en mano, desnudando las sierras, frescas y rumorosas madres del río, ubres de gigantomaquia, de las que descendía la larga cinta espejeante, como una fuga de cristales. Pero los gobernantes no amaban el río o no sabían protegerle.

(Los gobernantes saben muy pocas cosas). Sin embargo, un poeta lo amó y lo cantó. Octavio se había aprendido las rimas de aquel de los gestos altivos y de los ojos verdes:

*Sacude, amado río, tu clara cabellera,
eternamente arrulla mi nativa ribera,
ve a confundir tu risa con el rumor del mar.*

A los límites de la ciudad finalizaba también el malecón. Octavio buscó una vereda que lo llevase hasta la playa. Al bajar tropezó con dos mujeres que cargaban grandes líos de ropa en la cabeza. Ellas lo examinaron con curiosidad, y ataron en seguida el hilo roto de su charla:

—¿Y la niña?

—Cayendo que levantando, un día bien y otro mal. Ayer perdí el sol al lado de su cama.

Octavio se alejó pensando en aquella lavandera sencilla, que hablaba en oro fino. Bella frase: «¡Perdí el sol!». Y, ¿acaso no podía él decir la misma cosa? Rememoró: su infancia alegre (todas lo son cuando se nace para gastar zapatos y romper juguetes); briososa la juventud, briososa y despreocupada («¡mi juventud montó potro sin freno!»); su viaje al extranjero cuando aún sentíase hermano del río; el abandono de sus estudios a causa de un pícaro afán aventurero que lo obligó a rodar y rodar; el vértigo de los seres no vistos, de las cosas no imaginadas, y el vicio y el placer que lo despabilaron... Su reacción; asco de movimiento, asco de novedad;

otra vez el antiguo nido, todo quietud; otra vez la vieja patria, todo inmovilidad. Y ahora, envejecido y caduco antes de que el tiempo le hubiera sonado sus treinta repiques. Muy íntimo le agarraba el remordimiento de su derroche inútil de vida, en la que había sido un enlistado de ese tercio oscuro de cantos rodados, que nada cimentan y nada destruyen.

—«Mi sed de vida acaso —me hizo apurar muy pronto— el licor de mi vaso» —comentó con un lirismo de decadencia, y después, con sorda entonación, sorda y rápida—: «¡Peor aún, peor aún! Yo también perdí el sol...».

* * *

Sana alegría la suya al recorrer la vieja escena de sus correrías de colegial. Y ahora lo recordaba, por ahí se iba a La Gloria. Tentóle la idea de volver a aquel antro que frecuentaron sus quince años de sátiro embriagado, porque esta *gloria* no es la que la leyenda bíblica ofrece al *justo*, sino simplemente la taberna más bulliciosa y pecaminosa de su barrio.

Octavio subió a una alta piedra, y desde esta atalaya distinguió, hundida en la penumbra, la casona aislada y chata. De entre el ruido de interjecciones que ya percibía, se elevaba canturreando una voz cascada al compás de una guitarra.

—¡Tacho! —exclamó Octavio.

Tacho era un viejo largo y seco como una vara de cohete, pero no tan recto, pues sus espaldas hacían su curva correctamente geométrica; largo el cuello; melenuda y descuidada la cabeza gris; la cara pequeña como un puño, agrandada por unas barbas escrupulosamente desgreñadas; en medio, una naricita malcriada como un puntero, horadada oblicuamente por dos

agujeros deshonestos; sobre la nariz, unos espejuelos formidables y rotundos; tras los lentes, los ojos ciegos que añoraban sus felices tiempos de aguda miopía. ¡Los anteojos del ciego o el ciego de los anteojos! Valiente título para una historieta, de esas con explicación cerca de la firma.

Cuando Octavio entró a la taberna, había ya bastantes parroquianos. La actual propietaria era una vieja asmática, magra, de facciones marcadas a grandes líneas. A la vista de Octavio, bien trajeado, esbozó una sonrisa y fue solícita a ofrecerle una mesa. Este se instaló y saludó al progreso en una grafonola deslustrada y en la bombilla eléctrica que pendía del techo; estas cosas no existían a sus quince años. Le interrumpió su examen la voz de la patrona:

—¡Mande el señor! Aquí se encuentra de todo: de beber, de comer, de fumar y —remarcó intencionada— buena compañía: jóvenes, sanas, bien presentaditas... La tarifa es bajísima. Ya verá, ya verá cómo va satisfecho el señor...

Y sonrió la proxeneta. A la orden de «café, solamente café», se retiró apresurada y zalamera.

En el vano de la puerta se recortó la silueta de un nuevo visitante; era el tipo clásico del rufián, y sin más de extraordinario que un chirlo en la mejilla izquierda, que arrancaba desde la comisura de la boca fina. Tacho, cerca de la puerta, cantaba hasta desgañitarse. El recién venido lo sacudió de un puño y le gritó:

—¡Só, el grillo!

Calló el anciano ciego, sobrecogido de súbito miedo, y una ola de inquietud recorrió las mesas, en las que se agrupaban los bebedores.

—¡Vení acá, Luisín!

—Luisín, ¿querés un trago?

Las invitaciones llovían entre campechanas y respetuosas, adivinándose en todas ellas el deseo de agradar, pero el objeto de tales atenciones no se dignó responder.

El café que se servía en La Gloria era de lo mejor, cargado y fragante. Luego de apurar todo el contenido de su taza, Octavio sintió ganas de embriagarse. Pidió cualquier licor, algo seco, fuerte, una botella entera, y llenó un vaso. El ambiente excitaba los sentidos. Bebió y bebió. Su imaginación empezaba a sacudir las alas.

Luisín se entretenía cambiando discos a la grafonola. La grafonola arañaba esa música inclemente que solo pueden amar los yanquis. Al cabo de un rato, el chulo preguntó en voz alta, dirigiéndose a todos y a ninguno:

—¿Y la Nati?

Uno de los presentes se precipitó por una puerta del fondo y a poco reapareció, trayendo en pos una hembra delgada. Su traje de un rojo criminoso la apretaba las caderas y el busto, y en cambio, una larga enagua de amplios vuelos nada dejaba adivinar. El chulo la arrastró hacia sí, la oprimió el talle con un brazo largo que la rodeaba por entero como un tentáculo y hundió la otra mano por el escote acogedor. La hembra le echó los brazos al cuello y sus manos breves improvisaron un nudo trenzado y moreno.

A través de la niebla de su cabeza, Octavio veía girar la pareja. Los danzadores se estrechaban, se oprimían sin decir palabra. Atormentaba su mutismo y se adivinaban sus deseos hastiados y exasperados. A pesar de su brutalidad, a Octavio se le aparecían como las figuras irreales de un cuento fantástico, como si fueran arrastrados por un torbellino satánico. Sentíalos bailar dentro de sí mismo, como una idea difícil de decir, y seguía con sus ojos

obsesionados los pies de la mujer, que correteaban incansables tras los pies del macho. El baile era de una torpe simplicidad; diáfano el remachón; había furiosos giros en que la enagua amplia se arrollaba tentadora a las piernas del hombre, para retirarse en seguida con maligna movilidad. Eran un solo cuerpo, un solo pecado, un vicio no más. Se oía su jadear; se adivinaban sus alientos como llamas prendidas en sus labios, y tenían los ojos fúlgidos, iluminados de corrupción y dolor...

Calló la música y Luisín pareció despertar; se detuvo en seco y empujó con violencia a la ramera, que fue a dar a la mesa de Octavio. La chica no se quejó ni protestó, y el chulo, con la mayor naturalidad, le volvió las espaldas.

—Siéntate y bebe— le dijo Octavio, solemnemente ebrio.

A la voz, la Nati se dejó caer en una silla, apuró de un sorbo el vaso que le ofrecían y quedó inmóvil, muda. Aparentaba quince años; su tez era suave, «color de amor», como llaman los campesinos a ese jocundo esmalte de los botijos santanecos; sin afeites las mejillas redondas; el labio superior grueso y levantado descubría unos dientes blancos y prietos; la barbilla carnosa como un fruto descubría un agujerito redondo; claros los ojos; los cabellos partidos en bandós por una raya que le llegaba de la frente a la nuca, y, ocultándole las orejas, dos trenzas delgadas y largas se enroscaban sobre ellas como serpientes dormidas.

Después de apurar varias copas, la Nati se puso de pie y le invitó con un gesto. Octavio la siguió. Salieron por la puerta del fondo, atravesaron un pasillo y entraron a un cuartucho mal amueblado en que blanqueaba un lecho angosto. Al extremo del cuarto había un postigo abierto y una puerta cerrada.

Octavio puso los codos en el ventanico y miró: a cincuenta pasos, allá más bajo, dormía el río; una luna amarantina y deforme

se levantaba sobre las montañas; el río era un trazo de azogue; la playa, blanca de luna y suave de arena, se palpaba con los ojos como de algodón. Y todo se le metía a Octavio por los sentidos y le brindaba una placidez cordial.

El tictac de su pulsera lo tornó a la realidad. Sentada a la orilla del lecho estaba la Nati, en completa desnudez; colgantes las piernas, distendidos los brazos, llano el vientre, altos los senos altaneros... En los senos había conservado la virginidad, porque miraban de frente como personas honradas; la virginidad nunca puede arrebatarse a la mujer; hay en las líneas de su cuerpo o en los rasgos de su espíritu un rinconcito donde aquella se refugia; la virginidad no está ubicada en el himen; mujeres cuyos genitales fueron hollados por el ímpetu de mil poseedores, siguen siendo vírgenes y siguen dando a los ojos extraños la sensación de una pureza inmaculada. Toda esta chiquilla era un taladro clamoroso de la tentación; los muslos abombados, y largos y desnudos de vello, el pubis arqueado y las axilas cóncavas; mas al verle los ojos claros e inmóviles, parecía la escultura de la Serenidad. Octavio había visto algo parecido en el estudio de un artista, no recordaba dónde, pero aquella luz opaca de la piel no era mármol, ni bronce ni barro; era algo más cálido, tal vez madera: una Serenidad de madera, sin esmaltes y sedosa y fragante como el cedro real.

Se acercó a ella sediento de belleza, dilatadas las pupilas como para recibir, dilatadas las narices como para aspirar, ansiosos de roce los labios. La belleza le cantaba un himno en carne y alma. Se había saturado de ella en el azogue del río, en el mantel de la playa, en el chilcal que esbozaba un aguafuerte, se embriagaría de ella en la mujer. Al acercarse a aquella figulina de cedro, percibía ya el olor litúrgico de selva, de gruta, de mujer...

Cuando llegó hasta ella, advirtió manchas violáceas en las ubres virginales, en el vientre y en las piernas. ¡Una profanación! La devoción del artista cedió a la indignación del hombre:

—¿Quién te golpea?

—Luisín.

—Y, ¿por qué?

—No te importa... Él es mi hombre.

—Pero eso no puede continuar así...; ¡ese animal te va a matar!

—Él lo hace cuando no gano dinero; dame una buena paga tú...

—¡Pero no hay quien le dé una paliza al muy canalla! —gritó Octavio exaltado.

—¿A Luisín? —preguntó la hembra con asombro, y luego agregó con voz segura: —Para Luisín no hay hombre...

«Para Luisín no hay hombre», repitió Octavio con extraña inflexión. Un propósito le surgió en el pecho; instintivamente, palpó su revólver minúsculo, que dormía en su bolsillo del pantalón y dispuso salir:

—Espérame, monina, no te vistas que vuelvo en seguida.

* * *

Tardó media hora larga y apareció por la ventanica abierta para el río. Entró intensamente pálido. Enlazó a la hembra, suavemente, por la cintura y la llevó hasta el lecho. Sentáronse y Octavio le puso ante los ojos una buída hoja de acero húmeda y roja:

—Querías una buena paga y este es un adelanto...

Y ante el estupor de la chica, explicó:

—Yo lo castigué. Para Luisín hay hombre... No volverá a ultrajarte.

Hablaba con grandes pausas, trabajosamente. La Nati le escuchaba momificada, mas de súbito se lanzó sobre él, golpeándolo con los puños enloquecida:

—¡Asesino, asesino! —chilló—. Si yo lo amaba... ¡Perro! ¡Traidor! ¡Devuélvemelo!

Eran desbordantes sus insultos y su llanto. Octavio la agarró por los brazos:

—¡Asesino no, asesino no! —gruñó—. Lo maté como hombre; el puñal está rojo de mi sangre, pero él se quedó allá...

Se desasíó la hembra y salió corriendo desnuda hacia el río. Octavio examinó su herida que sangraba abundante en pleno pecho. Probó a fortalecerse mintiéndose:

—No será más que un rasguño...

Se encasquetó el sombrero y encendió un cigarrillo. Quería evitar la cantina bulliciosa y atravesó la puerta por que huyó la Nati. Los vapores del alcohol se le habían disipado, pero se tambaleaba como un borracho. Subiría hasta la trocha de automóviles para regresar a la ciudad. Una medianoche fría lo miraba con sus mil ojos. Cuando ascendía por el caminillo tortuoso, echó un vistazo al río; dormían las aguas como un trazo de azogue; la luna se empequeñecía en el cenit; sobre las laderas que se palpaban con los ojos como de algodón, cabe al sueño del río, en la atmósfera diáfana lechosa, alcanzó a ver la desnudez fugitiva de una mujer: un capricho frágil labrado en cedro real, una llamita ambarina que se perdía entre los chilcales...

1924

ÍNDICE

Presentación	7
Las venas abiertas de la narrativa hondureña	11
Fracaso	15
Correr desnuda	21
Anita, la cazadora de insectos	29
La cinta roja	43
La Nati	53

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE HONDURAS
Rector: Odir Aarón Fernández Flores.
Vicerrectora académica: Lourdes Rosario Murcia Carbajal.

CLUB DE LECTURA PALABRA ILUMINADA
Coordinadora de la publicación: Suny Arrazola.
Equipo editorial: Eva Castillo, Miguel Acosta, Wendy Cáliz.

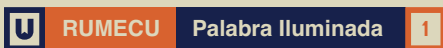
EDITORIAL UNIVERSITARIA
Director: Carlos Ordóñez. *Editora jefa:* Dilia Martínez. *Corrección de estilo:* César Torres. *Diseño de portada:* Daniela Lozano. *Diagramación:* Arnold Mejía. Primera edición, junio de 2026. Ciudad Universitaria, Tegucigalpa, Honduras, Centroamérica.
Teléfono: (504) 2216-5100 | ext. 100351 | editorial.univ@unah.edu.hn
ISBNe: 978-99979-75-34-8

Esta publicación es una edición realizada sin fines de lucro. Se autoriza la reproducción total o parcial de esta obra con fines académicos, educativos o de divulgación, siempre que se cite la fuente y no se realicen modificaciones al texto original. Queda prohibida su reproducción con fines comerciales o sin el debido reconocimiento a la fuente.



Esta antología no pretende ser un simple compendio de ficciones, sino un espejo de las heridas que aún supuran en el tejido social hondureño. Desde la discriminación y el patriarcado hasta la falsa promesa del desarrollo y la alienación, estos autores nos invitan a cuestionar las estructuras que habitamos. Al cerrar este libro, el lector no solo habrá transitado por distintas estéticas literarias, sino que se encontrará de frente con la responsabilidad de no apartar la vista. Que estas páginas sirvan, entonces, no como un punto final, sino como el inicio de un diálogo urgente y necesario sobre la realidad que construimos —y padecemos— a diario.

Miguel Acosta Flores



www.editorial.unah.edu.hn



Facultad
de Humanidades y Artes
Departamento de Letras



VRA
Vicerrectoría
Académica



UNAH
UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE HONDURAS

ISBN: 978-99979-75-34-8



9 789997 975348